

Un marco difícil para el crecimiento latinoamericano

Es posible que ya se encuentre en pleno desarrollo la recesión prevista recientemente por los economistas y consultores más prestigiados de Estados Unidos. Su extensión y profundidad podrían ser bastante considerables si la declinación en el ritmo de los negocios se traslada el próximo año a Europa y si todo ello coincide con un déficit de energéticos o con su disponibilidad a un precio más elevado. En ese caso, las perspectivas inmediatas para América Latina no podrán menos que reflejar el efecto desfavorable de la situación económica mundial.

Vale la pena destacar que la causa de la actual recesión no sólo es el aumento del precio del crudo, sino también la debilidad del proceso expansivo que siguió al receso de 1974-1975. Aquella recesión fue superada mediante el endeudamiento, que permitió fortalecer la demanda agregada de algunos países desarrollados y en vías de desarrollo, pero que incrementó la inflación. Posteriormente, la fase de expansión no hizo más que recrudecer las tendencias al aumento de los precios y a la inestabilidad de los tipos de cambio. Debido a ello, el 1 de noviembre pasado el Gobierno estadounidense dictó una serie de medidas encaminadas a frenar la caída del dólar frente a las otras monedas fuertes.

Esas medidas se orientaron a moderar la expansión para evitar una elevada tasa inflaciona-

ria, y no a producir una situación recesiva. A pesar de ello, se estima que la inflación en Estados Unidos será superior a 13%, en el marco de síntomas reiterados, en los últimos tiempos, de una recesión. El secretario del Tesoro, Michael Blumenthal, habló ya de una recesión "suave" que sólo permitirá un crecimiento muy moderado del producto nacional bruto. Las medidas adoptadas, que provocaron leves presiones recesivas y que se manifiestan sobre todo en la evolución interna de las ventas, tienen por objetivo reducir el déficit externo de ese país, consolidar el dólar en los mercados cambiarios internacionales y aminorar el consumo de petróleo, para bloquear la aparición de nuevos impulsos inflacionarios.

El efecto del comportamiento de la economía estadounidense en la actividad de otros países desarrollados no se puede prever aún con precisión porque hay tendencias contradictorias. La contracción de las ventas en Estados Unidos no tiene una repercusión decisiva sobre la economía mundial en su conjunto, ya que coincide con un período de fuerte actividad en la economía de la República Federal de Alemania, aunque recientes previsiones efectuadas por expertos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) anuncian una desaceleración en la economía europea para el próximo año. Por otra parte, mientras en Estados Unidos se tiene la impresión de que ya se vive en una fase recesiva, las grandes empresas de ese país han iniciado un plan de expansión de las inversiones que permitiría superar en el corto plazo la actual retracción. Empero, según la opinión de otros expertos cercanos a los círculos empresariales, esos gastos en bienes de capital no serán suficientes para evitar que la recesión se profundice.

Como puede apreciarse, el futuro de la economía mundial es incierto. Quizá, algunas de las dificultades puedan solucionarse con una buena coordinación de las políticas entre los países industrializados, aunque la reunión cumbre de Tokio revela que todavía existen grandes desacuerdos en torno a la demanda de energéticos, un aspecto que, junto con el de la inflación, resultará decisivo para la economía internacional.

La suerte de las economías latinoamericanas, como lo demostró la experiencia de 1974-1975, está estrechamente ligada a lo que suceda en el ámbito mundial. Los países de la región han sido protagonistas, en los últimos tres decenios, de un crecimiento que permitió elevar considerablemente el ingreso, realizar grandes transformaciones productivas y tecnológicas generales, aumentar su integración a la economía mundial en las condiciones de una nueva división internacional del trabajo, y ampliar y modernizar su estructura industrial. Sin embargo, estos resultados no fueron uniformes para todos los países y no han dado lugar a un progreso social acorde con el avance económico obtenido.

A partir de 1976, la recuperación tampoco fue uniforme y dependió en buena medida de la disponibilidad de recursos naturales de gran demanda mundial o de la necesidad de importarlos. Por otra parte, las tasas de inflación son todavía demasiado elevadas. Pese a lo anterior, la economía latinoamericana retomó con gran esfuerzo la senda del crecimiento. El éxito de estos esfuerzos en el futuro dependerá tanto de la evolución de la economía internacional, ya que en este mundo de interdependencia existe una enorme sincronía en los ciclos de los distintos países y regiones, cuanto de la capacidad de las economías nacionales para corregir sus deficiencias.

El porvenir inmediato ofrece muchas dudas y es difícil decir algo al respecto.

Sería deseable que se concertaran acuerdos internacionales en los aspectos básicos del crecimiento para favorecer una evolución dinámica y la pronta superación de los factores críticos presentes que amenazan ejercer una influencia negativa en las economías latinoamericanas. □